

Jerome y su madre Marine pasaban la tarde al calor del fuego. Afuera llovía. El viento movía las ramas de un roble desnudo que crecía junto a su huerto.

Mientras su madre se dedicaba a coser, Jerome jugaba sobre la mesa con un soldadito tallado en un trozo de madera. Hoy era su noveno cumpleaños y su madre le había permitido jugar toda la tarde. También se las había arreglado para encontrar cacao y prepararle una rica tetera con leche.

Vivían en una granja a pocos kilómetros de Reims. Siempre habían vivido allí. Solo se ausentaron unos meses cuando la Guerra (en el frente de Verdún) estuvo demasiado cerca. Viajaron al sur, cerca de París, donde su madre tenía familia. Para entonces, su padre ya había sido enviado a luchar a las barricadas. Y nunca regresó.

Ahora Jerome jugaba con su soldadito y se imaginaba que éste era su padre. Que en realidad no estaba muerto. Que fue malherido y tomado preso, trasladado a Bélgica, donde por alguna razón perdió la memoria, y aunque sabía que tenía mujer e hijo, ahora era incapaz de saber dónde. Pero algún día le vendría todo a la cabeza, de repente, y volvería corriendo a su granja a abrazar a su familia. Y también, de paso, a quitar de en medio al bruto de Pascale.

Pascale no había ido a la guerra. Era cojo y manco. No apto para disparar. Aunque era fuerte y bruto como una mula, Jerome lo sabía muy bien. Cuando la guerra terminó faltaban hombres por todas partes. Las granjas necesitan brazos y un niño y su madre no eran suficientes. Pascale pudo elegir entre muchas viudas, pero eligió a la madre de Jerome. Era bonita - rubia y de ojos verdes - y la más joven de los alrededores (solo 26 años, y Pascale debía rondar ...¿los 50?) Además solo había tenido un hijo. Aun era como un fruto sin madurar.

A cierta hora de la tarde, oyeron el carro acercarse por el camino de la colina. Pascale arreaba fuertes latigazos a los caballos, les insultaba y maldecía bajo la lluvia.

Jerome y su madre se miraron en silencio. Se imaginaron que Pascale no habría vendido demasiado en el mercado. Y sabían que ocurría cuando se enfadaba; se volvía como una bestia. Tenían suerte si solo rompía una silla o una jarra. Una vez cogió a Jerome de las orejas y lo levantó del suelo. Y como su madre se entrometiera, de seguro que recibía una paliza. Pascale tenía una vara de cerezo que dolía como un látigo.

Marine se imaginó que Pascale preguntaría por Jerome. ¿Dónde demonios se había

metido? ¿Por qué no estaba labrando la huerta? De nada valdría decirle que era su cumpleaños. Pascale era un hombre rudo, primitivo. La violencia y el trabajo era todo su lenguaje. Además, odiaba a Jerome. Decía que le miraba con malos ojos y que tenía el espíritu cobarde y traidor de su padre.

La vieja valla crujió al abrirse. Marine miró por la ventana, después se giró hacia Jerome.

- Vete. No vuelvas hasta la noche. Le diré que te mandé a por un recado.

- Pero... y ¿tú?

- ¡Vete! Ya se calmará. Es mejor que no estés aquí.

Jerome salió por la puerta mientras Pascale entraba el carro en la cuadra. Oyó como gritaba llamando a Marine.

Salió corriendo de allí y metió en el bosque.

Caminó bajo la lluvia, entre los árboles. Se sentía triste y le entraron ganas de llorar. Rezaba para que su padre volviera algún día y le diera una gran patada en el gordo culo a Pascale... y lo echara de su casa para siempre, y volvieran a ser la familia que eran antes de esa maldita guerra. Hemos ganado, decían los periódicos. Y Jerome se preguntaba qué era lo que habían ganado.... Para él ... se había perdido todo.

La lluvia dio una tregua. Las nubes se apartaron y dejaron al sol asomarse un poco. Gigantes rayos de luz, como espadas, surgieron del cielo e iluminaron la tierra.

Jerome con lágrimas secas en su rostro, volvió a centrarse en su soldadito. Nuevas aventuras le ocurrían en aquel bosque. Saltaba de tronco a tronco, se escondía bajo las piedras. Era listo, hábil, valiente.

En una de esas - mientras su soldadito viajaba por los aires - escuchó un sonido procedente del bosque. Era como el lamento de un niño pequeño y provenía de una zona de arbustos muy densos. Jerome se acercó hasta allí y apartó las ramas.

Al principio no vio nada entre la maleza, estaba oscuro, pero entonces se iluminaron dos pequeños ojos en la negrura. Dos ojos amarillos y brillantes como dos monedas de oro.

Era un gato negro. Jerome se preguntó por qué estaba allí. Apartó más ramas y entonces el misterio se aclaró. El gato había ido a caer en una jaula trampa, de esas que los buhoneros preparaban para las liebres. Aunque los gatos también eran buena caza en aquellos tiempos de posguerra (Jerome había comido albóndigas de gato una

vez, pese a que su madre le insistió en que era conejo)

Apartó los arbustos del todo y miró la jaula, donde el gatito iba y venía. Era un precioso animal, de piel negra y brillante. Jerome distinguió un precioso lazo rojo anudado en su cuello. Todo él brillaba como algo caro, una joya; ¿sería la mascota extraviada de alguna rica señora? Se le cruzó por la mente la idea de llevarse la jaula, buscar al dueño del animal y ganarse una recompensa, pero entonces le vino a la mente la imagen de Pascale. Aquel bruto... no quería imaginarse lo que haría si aparecía con aquel gato en la granja. Una vez le había visto romper el cuello de una camada entera. No... de ninguna manera, se dijo.

La jaula tenía un sencillo mecanismo para abrir la puerta. Jerome tiró de ella y dejó libre al animal. El gato salió despacio, con precaución, y en cuanto se vio fuera, dio un largo salto hasta el tocón de un árbol muerto que había allí cerca.

- Vuélvete con tu amo, anda - le dijo Jerome, mientras que el gatito le miraba inerte, con esa mirada de los gatos que parece no significar nada.

El gato saltó otra vez y el bosque se tragó su negra silueta. Jerome volvió entonces al claro del bosque y tomó a su soldadito...¿Dónde estábamos? AH sí... debía entregar una carta urgente a la Zarina. ¡Vuela soldado! ¡Date prisa!

Estuvo jugando un buen rato hasta que se cansó. Se sentó en las raíces de un roble y miró al cielo. Las nubes se habían cerrado otra vez y el día comenzaba a morir lentamente. Se hacía tarde y era hora de volver a casa, pero Jerome se resistía a tal idea. Pensó en quedarse a vivir en el bosque. Era cuestión de organizarse. Hacer un fuego, cazar, buscar un arroyo donde beber... parecía simple. ¿Por qué tenían que vivir con Pascale? ¿Por qué no podían escapar? A él no le importaba la granja, pero su madre decía que era lo único que tenían.

Comenzaba a hacer frío. Un aullido de lobo resonó desde las montañas.

“De acuerdo, volveré a casa, pero juro que algún día...”.

En el mismo instante que se levantaba del suelo vio a una persona quieta en medio del claro. Se sorprendió y se asustó al mismo tiempo. ¿Era posible que no la hubiese visto llegar? Estaba solo a unos metros de él, envuelta en una larga capa negra.

- Hola muchacho - le saludó. Tenía voz de mujer.

- Hola - respondió Jerome

Se puso en pie y caminó tímidamente, rodeándola.

Por debajo de la capucha, Jerome distinguió el mentón de una mujer joven. Debía ser bonita. De labios carnosos y una nariz recta, triangular. Largos mechones de pelo rojizo caían a uno y otro lado. Y rodeando su delgado y largo cuello, Jerome vio un brillante lazo de color rojo.

- ¿Cómo te llamas? - le preguntó la mujer

- Jerome - dijo él.

- ¿No es un poco tarde para que andes solo por el bosque?

- Ya me iba a casa - respondió el muchacho.

Jerome no se dio cuenta de que se había quedado parado, mirando a aquella mujer con fascinación. Nunca había visto una capa tan negra y tan bonita, como la piel de un animal, y ese rostro, del que solo podía ver una parte... ¿se trataría de alguna reina que se ocultaba en el bosque, como la mujer de Carlomagno? ¿O una de esas brujas - las doce hijas de Glenda - de las que su madre le hablaba en sus cuentos?

Una de sus manos apareció por entre los pliegos de la capa. Era una mano blanca, de largos dedos coronados por uñas de color púrpura. Jerome jamás había visto una mujer con las uñas pintadas así. Ella le tomó suavemente por la barbilla y le alzó el rostro.

- ¿Cuántos años tienes?

- Nueve - dijo -: - Hoy es mi cumpleaños - añadió.

- ¿Ah sí? ¿Y qué te han regalado?

- Nada... mi madre me hizo chocolate. Nada más.

- Vaya, no es mucho, pero yo te haré un regalo. Un regalo especial.

La mujer hablaba de una forma extraña, pero Jerome no sentía ningún temor. De alguna manera, sabía que ella no le haría daño.

- Cierra los ojos - le dijo ella poniéndole una mano en la frente, como cuando su madre le tomaba la fiebre.

- Y pide un deseo. Uno sólo. Pide lo que más desees del mundo.

Jerome cerró los ojos. Sentía el calor de aquella mano sobre su frente. Un agradable calor. A través de sus ojos cerrados comenzó a percibir una claridad. Por su nariz

entraron miles de lo olores al mismo tiempo, y todo su cuerpo se revolvió en un alegre cosquilleo.

Sintió que volaba por las nubes. A través de sus párpados contempló un cielo anaranjado de atardecer. Bajo sus pies pudo ver grandes ciudades que nunca antes había visto. Ciudades de grandes torres, rodeadas por desiertos, bosques y océanos de colores increíbles.

- Tu deseo Jerome - oyó decir a esa mujer. Su voz procedía de algún lugar entre las nubes - Pide lo que más quieras.

Jerome apretó el pequeño soldadito que llevaba en la mano y formuló su deseo. Después regresó a ese vuelo agradable, infinito...

No podría decir cuánto tiempo estuvo así. Lentamente, las sensaciones se fueron desvaneciendo. El calor dejó paso al frío. Aquellos aromas inimaginables se disolvieron. y el olor del bosque, del musgo y de los árboles volvió a ocupar su nariz.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba solo, de pie sobre la hierba. La mujer se había ido. ¿A dónde? No podía saberse.

Oscurecía. Otro aullido resonó a lo lejos.

Salió corriendo de allí.

*

Llegó la noche. En la granja cenaban a la luz de una lámpara.

Marine iba y venía, llevando y trayendo platos, sirviendo el vino, cortando el pan. Comía de poco en poco, como un pajarito.

Sentado en la cabecera, Pascale, con sus grandes dedos sucios de grasa, masticaba un trozo de pollo. Nunca hablaba en la mesa, ni permitía hablar. Lo que no fuera comer le molestaba y era sancionable con un plato en la cara, o un vaso de vino derramado sobre la cabeza.

Alejado de él, en la esquina de la mesa, Jerome comía en silencio, con la vista fija en su plato de coles y judías. Lucía un moratón en su mejilla izquierda. A Pascale no le había hecho ninguna gracia verle llegar tan tarde. Le había soltado un tortazo a traición, justo al cruzar la puerta, y Jerome se había caído al suelo. Una vez allí Pascale le pisó la cabeza un poco y después le dejó en paz. Por hoy - rezaban Marine y el pequeño - todo había terminado. Cenar e irse a su cama de paja era todo cuanto ansiaban.

Acababan de terminar la cena y Marine calentaba un poco de leche. Pascale se hurgaba entre las muelas con un palillo. Jerome estaba sentado junto a la chimenea, hablando con su soldadito en sueños.

Entonces sonaron unos golpes en la puerta. Tres secos y contundentes golpes.

- ¡Qué demonios! - rugió Pascale saltando de su silla.

Jerome y Marine se miraron entre sí. Nadie llamaba nunca a su granja, y menos a esas horas. ¿Habría un fuego en alguna parte?

Volvieron a sonar tres golpes.

- ¡Abre la maldita puerta! - gritó Pascale a Marine.

Marine secó las manos en el delantal y fue corriendo hasta la puerta. Antes de abrirla se quedó parada ante ella, en silencio. Había sentido algo extraño, familiar, antiguo. Como si notara la presencia de ...

- ¡Ábrela! - volvió a gritar Pascale - Quiero ver quién es el imbécil que llama así a estas horas.

Marine obedeció. Abrió la puerta de par en par

Allí, plantado en el umbral, apareció un espectro. Un hombre sin ojos, sin piel, con una larga y tétrica sonrisa. Un esqueleto.

Permanecía en pie, vestido con uniforme de soldado, con el casco de la armada nacional posado sobre su calvo cráneo, cubierto de barro, hojarasca y gusanos.

Una larga y oxidada bayoneta le atravesaba el pecho.

Marine profirió un grito de espanto y se desmayó agarrándose del pomo de la puerta.

El esqueleto dio un paso adelante y entró en la casa. Tenía una bota puesta, pero le faltaba la otra. Por allí se veía asomar un pie esquelético, con cinco pequeños huesecillos que tamborileaban en el suelo a cada paso del espectro. Cada vez que se movía, todos sus huesos crujían a la vez.

Jerome, que estaba sentado junto a la chimenea, vio a Pascale echarse atrás en su silla. Por la manga de su pantalón chorreaba orina. Jerome tomó su soldadito y lo apretó contra su pecho.

El esqueleto cruzó la cocina y llegó frente a la mesa. Pascale se había echado tan atrás

en la silla que esta se volcó haciéndole caer en el suelo, yendo a sentarse sobre su propia meada.

- ¡No me mates! - exclamo aterrado - ¡Llévate al niño, a la mujer, pero no me mates por favor!

En la expresión muerta en inanimada de la calavera se atisbó un destello de ira. Sus ojos sin fondo parecieron entrecerrarse y su larga dentadura se apretó castañeando.

Se llevó la mano al pecho y arrancó la bayoneta que le atravesaba el corazón.

- ¡A mí no! - grito Pascale - ¡A mí no! Hablemos, por favor, hablemos.

El soldado le agarró por la camisa y lo arrastró por el suelo, hasta sacarlo por la puerta. La cerró tras de sí, y entonces Jerome pudo oír a Pascale aullando como un cerdo el día de la matanza.

Corrió donde su madre, que comenzaba a despertarse del desmayo. La ayudó a levantarse y se dirigieron ambos a la ventana.

Al otro lado, iluminado por la mortecina luz de la luna, vieron al esqueleto arrastrando el pesado cuerpo de Pascale por el camino de la colina. Al llegar a lo alto, junto al viejo árbol muerto, el soldado se giró para mirar hacia la casa. Se quedó allí un momento, lo mismo que Jerome y su madre, mirándose en silencio.

Después continuó su camino y desapareció - con Pascale - en las brumas de la noche.